



"Piel zorro" (de la serie Diarios de viaje y desplazamientos) 2004 óleo sobre lienzo 95 x 78 cm. colección particular

Terrorismo virtual

e indiferencia ante el dolor ajeno en la cotidianidad

Virtual terrorism and indifference to the pain of others in everyday life

Salvador Tora Guerra Nakagosi

Resumen. La violencia es un elemento que ha acompañado a la humanidad desde el principio de los tiempos; sin embargo, existe una diferencia entre lo violento y lo sádico. Ésta consiste en que quienes son sádicos, disfrutan al contemplar a quienes son afectados por la violencia. Una persona puede ser violenta por sobrevivir en un mundo hostil pero, si goza al mirar el dolor ajeno, se vuelve sádica y desciende moralmente. Otra actitud despreciable es la indiferencia ante los sufrimientos ajenos generada por las ansias de obtener una finalidad concreta. A través de la contrastación de ideas de Susan Sontag y Michela Marzano con elementos de la vida cotidiana y una anécdota narrada por el autor, este ensayo pretende llevar al lector a descubrir en qué medida ha sido cómplice del sadismo y la indiferencia ante el dolor ajeno.

Palabras clave: violencia, videos snuff, sadismo, terrorismo, virtualidad.

Abstract. Violence is an element that has accompanied mankind since the beginning of time; however, there is a difference between violent and sadistic. This is for those who are sadists, enjoy to see those who are affected by violence. A person may be violent to survive in a hostile world, but if has to look at the pain of others, becomes sadistic and morally down. Another despicable attitude is indifference to the sufferings of others generated by the desire to obtain a particular purpose. Through the contrast of ideas of Susan Sontag and Michela Marzano with elements of everyday life and a story narrated by the author, this essay aims to lead the reader to discover to what extent has been complicit in the sadism and indifference to the pain of others.

Keywords: violence, snuff videos, sadism, terrorism, virtuality.

Un “accidente” en la escuela

Era la primavera de 1997 en San Nicolás de los Garza y el sol caía sobre el campo como un torrente de lava. Las niñas, algunas aún cerca de los moños de cinta y los pasteles de lodo y otras, al borde del rojo carmín y de andar con tacones, platicaban entre las gradas del patio. Abajo, sobre la cancha, a falta de un balón que encauzara las ansias de hacerse ver por aquellas, los pubertos pateaban un envase de frutsi vaciado de jugo de uva y relleno de empaques de papas, pastelillos y gomas de dulce. El motivo, convertir ese bote en el dispositivo perfecto para jugar *zamba-baño*.

Gracias al apelmazamiento de tantas bolsitas, el cilindro de plástico deja su endeble carácter y esa ligereza tristona llegada cuando el último sorbo refrescó la garganta de un niño. Resistente a los pisotones y suficientemente pesado para proyectarse en los aires o deslizarse según la forma en que se le patee, el bote está listo para zambear a quien sea y así desatar el baño de golpes.

Gracias al apelmazamiento de tantas bolsitas, el cilindro de plástico deja su endeble carácter y esa ligereza tristona llegada cuando el último sorbo refres-

có la garganta de un niño. Resistente a los pisotones y suficientemente pesado para proyectarse en los aires o deslizarse según la forma en que se le patee, el bote está listo para *zambear* a quien sea y así desatar el *baño* de golpes.

Zamba-baño es un juego consistente en patear un envase de frutsi con la intención de pasarlo entre la zamba de una persona —el espacio existente entre las piernas—; hecho el lance del proyectil, si éste logra zambear —atravesar el intersticio de las extremidades inferiores— al contrario, el resto de los jugadores —incluido el tirador— tiene derecho de golpear una vez al *zambeado*.

Una mañana esa práctica que nunca pasaba de un botón desprendido, un diente flojo o una rodilla raspada desbordó los límites de lo imaginado. El bote iba despacio al compás de unos chicos más preocupados por no ser golpeados que por *zambear* al contrario. El bote se mecía en la mar de muchachos y los minutos del descanso se hicieron arena en el viento. No había quién abriera las piernas y por lo mismo no había quién recibiera los golpes.

En eso llegó *Malvavisco*, un gigantón de cachetes rosados, tan pesado como un elefante e inocente como el olor a placentas. Caminaba hacia el patio central



inmerso en quién sabe qué pensamientos, no se dio cuenta que alguien pateó el cilindrito a sus piernas y éste dio justo en el blanco. El bote cruzó ese enorme compás que dificultosamente se abría y se cerraba y soltó la cuerda a los perros de presa.

Zamba-baño es un juego consistente en patear un envase de frutsi con la intención de pasarlo entre la zamba de una persona

Un enorme pedazo de carne listo para ser castigado y aliviar la furia y las ansias de un grupo de niños, eso fue *Malvavisco*. Sintió el primer golpe e intentó huir por instinto pero no dio siquiera cuatro zancadas cuando alguien puso el pie y lo hizo azotar en el piso. El resultado: una fractura expuesta de cúbito y radio que, aún con el terror de la sangre, el tono viscoso del hueso y la grasa chorreante, no calmó por completo a los golpeadores.

Estrategias para captar atención

Aunque parezca mentira el ataque siguió varios segundos. Fueron tres o cuatro los chicos que, dominados por las ansias de descargar su coraje, patearon a *Malvavisco* tirado en el piso. Ignoraron la norma de golpear sólo a quienes

formaran parte del juego pero fueron puntuales al cobrar su derecho de darle a quien, no importando ¿cómo? ni ¿por qué?, fuera *zambeado*.

Sería una impertinencia acusar a esos chicos de crueles, ya que sólo lo son quienes obtienen placer al contemplar el sufrimiento ajeno y *contemplar* significa *mirar durante largo tiempo y con atención* (Larousse p. 282). Los muchachos no planearon el ataque y no tuvieron el tiempo ni la malicia de contemplar el dolor de su víctima. De haber buscado un resultado tan detestable como ese, las cosas no habrían salido de la misma manera. Aunque culpables de destrozar el brazo de *Malvavisco*, son más cercanos al leopardo que caza por hambre que al psicópata que goza al castigar a un extraño. Calmar la angustia es en cierta medida una necesidad del cuerpo. Una espalda tensa, un par de manos sudadas y unas tripas gorgoreantes no son poca cosa. Aparte, apenas fueron conscientes de la atrocidad cometida, corrieron a buscar ayuda.

Por suerte en la escuela trabajaba El *Chespi*, un profesor de Biología que entre sus curiosidades contaba la de ser médico y que debía el apodo a su gran parecido con el simpático *Chespirito*. Fue el primer y único adulto en llegar al lugar de los hechos. Supo bien a dónde

marcar para pedir la ambulancia, qué instrucciones dar a los camilleros, cómo auxiliarse en los chicos para levantar al mastodóntico herido y cómo sacar a éste de ahí sin agravar el problema.

Llegado el año siguiente, valiéndose del sentido de autoridad adquirido al auxiliar al todavía convaleciente afectado, el profesor utilizó parte de su experiencia para ejemplificar en una clase de Biología lo que, según su juicio, provocaba una mala alimentación:

La culpa la tienen las madres de familia; ¿cómo puede haber chavos de su edad tan obesos? Si apenas están en secundaria. Es que en sus casas los llenan de espagueti y puré de papas. Está como ese muchachito que se accidentó; con decirles que, cuando lo levantamos del piso, más que sangre, lo que le chorreaba del brazo era pura manteca, puro tejido adiposo.

Hay dos cosas que comentar con respecto a la intervención del maestro. Primero, por más que su presencia haya sido de ayuda en el accidente, criticar a un caído en desgracia nunca ha sido loable; segundo, el hecho de que aún y cuando es comprensible que, dada su experiencia de médico, las fracturas expuestas no lo impresionaran en



lo más mínimo, llama la atención que describiera a detalle y de forma burlona tal cuadro y aprovechara la descripción para dar un ejemplo en su clase.

Hace casi cien años, a partir de unas fotografías de cadáveres que, de tan destrozados, no podía saberse si eran masculinos, femeninos e incluso si correspondían a personas y no a animales, la genial Virginia Woolf escribió *Tres Guineas*, texto en torno al cual Susan Sontag en *Ante el dolor de los demás*, apunta lo siguiente: “No condolerse con estas fotos, no retraerse ante ellas, no afanarse en abolir lo que causa semejante estrago, carnicería semejante: para Woolf esas serían las reacciones de un monstruo moral” (Sontag, 2007, p. 16).

Si bien es comprensible el escándalo de la escritora británica al contemplar dichas fotos, es innegable que la intensidad de su reacción tuvo mucho que ver con su contexto histórico-social. Y es que el número de imágenes de cuerpos destrozados a las que una intelectual de principios del siglo veinte tenía acceso, para nada equivale a la excesiva cantidad de videos y fotografías de ese tipo —e incluso de otros más impactantes— a las que cual-

quiera tiene acceso en la actualidad. Desde hace poco más de quince años ya existían videojuegos sumamente realistas que mostraban sangre, vísceras y asesinatos —por citar ejemplos *Killer Instinct* y *Mortal Kombat II*— y los videos *snuff* podían conseguirse en Monterrey. Por si eso fuera poco, la prensa sensacionalista estaba por demás consolidada gracias a sus textos morbosos y a la crudeza de sus fotografías. Tal vez por esa tolerancia frente a las imágenes violentas, generada por la convivencia diaria con éstas, ninguno de los estudiantes se escandalizó frente a los comentarios del profesor.

Más allá de la naturalidad con la cual el relato fue recibido, llama la atención el uso que el *médico-profesor* hizo de éste. No olvidemos que lo contó a sus alumnos para ejemplificar las consecuencias que la mala alimentación acarrea a las personas. Eso, narrar un suceso que amargó la vida de alguien tan sólo por apoyar una idea, es cercano a lo descrito por Michela Marzano en *La muerte como espectáculo. Estudio sobre la [realidad-horror]* acerca de esos videos de ejecuciones humanas generados y difundidos por los grupos terroristas con el afán de apuntalar mensajes políticos.

La escritora destaca lo sucedido al joven traductor surcoreano Kim Sun-Il quien, una vez capturado por los miembros de un grupo fundamentalista, consciente de lo que estaba por venir, lloró y clamó por su vida de manera frenética frente a la cámara. Al margen de que exhibir en la red la tortura y ejecución de una persona por parte de una organización terrorista pretende atemorizar a los enemigos de ésta, el video que muestra al joven frenético también sirve a sus productores para sugerir que todos los surcoreanos, al igual que Kim Sun-Il, llorarían y suplicarían en caso de temer por sus vidas.

Obviamente, el relato del profesor para nada equivale en insensibilidad ni en vileza a generar y difundir videos como ese; sin embargo, coincide con dichas acciones en utilizar el testimonio del sufrimiento de alguien. Dada la autoridad del médico-profesor en el salón de clases, es claro que muchos de sus alumnos tomaron por buena la acción de contar la tragedia de otro para así redondear una idea que bien pudo ser redondeada de diferente manera.

Ignorar el dolor de una persona para conseguir un objetivo es descender moralmente. *Malvavisco* no era sólo un conjunto de huesos, tendones y músculos; por sobre todas las cosas era un

Ignorar el dolor de una persona para conseguir un objetivo es descender moralmente

ser humano. Y bueno, describir cómo la grasa le chorreaba del brazo, encontrar relación al chorreo con su obesidad y, peor aún, aprovechar lo dicho para hablar de la mala alimentación a unos chicos que, aparte de tener poco criterio, lo conocían, enlodó la figura de *El Chespi* a pesar de lo hecho por éste el día del incidente.

También coincide con los comentarios de Michela Marzano acerca de que las películas *snuff muestran individuos reducidos a [cosas], de los que se puede disponer a placer* (Marzano, 2010, p. 9-10). Aunque el maestro no habló de personas asesinadas, si cosificó a uno de sus alumnos al hablar de la grasa que le salía del brazo. Es decir, despojó a *Malvavisco* de su carácter humano y lo redujo a la categoría de objeto, de cuerpo sin sentimientos.

Pero ¿qué sucede con los videos de ejecuciones cuando su víctima no reacciona como se espera? Pues lo mismo que le sucede a un artefacto cuando no sirve a los fines para los que fue creado: se le desecha.

El caso de Fabrizio Quattrochi —también descrito por Marzano en su libro—, un joven guardaespaldas italiano cuyo asesinato fue grabado en 2004, constituye una prueba contundente de que, cuando el protagonista de esos videos no se comporta de la manera esperada, es muy probable que los terroristas no difundan el registro del crimen.

Y es que el valor del joven al exigirle a sus secuestradores ser liberado del pañuelo que cubría su rostro para luego decir *Voy a enseñarles como muere un italiano* (Marzano, 2010, p. 33), resulta por demás inconveniente para mostrar a la parcialidad del mundo representada por Quattrochi como innoble y cobarde.

En este caso, a diferencia de los borbotones de grasa que sirvieron al maestro para hablar de la mala alimentación, la reacción de Fabrizio Quattrochi no proporcionó a sus captores el material para mostrar a los italianos como cobardes. Por lo tanto, cada que ese video se reproduzca, los terroristas aparecerán como lo que realmente fueron: un grupo de cobardes temerosos de darle

a alguien la oportunidad de pelear por su vida. Puesta sobre ellos la etiqueta que intentaron pegar a su víctima, no les quedó más remedio que ocultar el archivo —según Marzano, la gran cantidad de tiempo que éste tardó en entrar a la red sugiere un posible filtraje—.

Así, la fórmula consistente en robustecer la imagen propia al humillar a un contrario —que bien podría ejemplificarse en el video de Kim Sun-Il— en este caso mostró a los terroristas su contraparte: si el contrario da muestras de dignidad, mi imagen se debilita.

¿Un género audiovisual?

Este ejercicio, consistente en ensalzar las cualidades de un pueblo por medio de la representación de otro con el cual éste tiene conflictos, no es algo nuevo. Hace más de cuatro siglos, Don Alonso de Ercilla (1998), poeta y militar español participante en las guerras de la región del Arauco, escribió *La Araucana*, poema épico que narra la conquista del pueblo araucano por parte del ejército español.

Una de las intenciones de Don Alonso, más allá de relatar aquellas batallas, fue potenciar las virtudes del ejército español representado en su texto. Es interesante observar cómo, aunque al igual que los terroristas de medio oriente pretendió mostrar a su pueblo

como valeroso, nunca describió a los araucanos de forma desfavorable. Al margen de que eran combativos y conocían bien sus dominios, presentarlos como dueños de cuerpos titánicos y de una fiereza inconmensurable, aumentó exponencialmente el mérito de los suyos al derrotarlos. La fórmula fue: *si el contrario luce fuerte y lo venzo, luzco más fuerte todavía*.

No olvidemos que, a diferencia de los grupos terroristas con respecto a Occidente, los españoles no descartaban la convivencia entre ellos y el pueblo araucano. Aparte, cuando el texto salió a la luz, las guerras del Arauco habían terminado mientras que los conflictos entre grupos terroristas y países occidentales aún continúan.

Podría decirse que la fórmula utilizada por Don Alonso aparece en muchas obras —*La Ilíada*, *La Odisea*, *El Cantar de Roldán*, entre otras—. Sin embargo, a pesar de la importancia de dichos escritos, fue la industria del cine la que ejerció más influencia en los videos de ejecuciones —de ahí viene eso de *si el contrario luce débil mi imagen se robustece*—. ¿Cuántas películas de Hollywood muestran a valerosos y éticos agentes de la CIA perseguir a cobardes, poco higiénicos e intransigentes terroristas de medio oriente? Las únicas

variantes en los videos de ejecuciones son el cambio de roles —los cobardes y poco higiénicos son ahora los occidentales— y el hecho terrible de que las filmaciones pasaran del plano de la representación al de la realidad.

Según Michela Marzano (2010) tales videos persiguen sus propias finalidades. Estas consisten tanto en asustar a las personas de occidente —y por occidente no sólo es Europa y América sino también los países donde la Internet trabaja sin restricciones gubernamentales—, como en reclutar gente para la causa terrorista. Aparte de procurar los mismos objetivos, dichas grabaciones tienen otras constantes: presentan escenografías austeras, mensajes —a veces entonados por los verdugos, a veces por las víctimas y a veces por ambas partes— dirigidos a un auditorio concreto y el infaltable asesinato como núcleo de las acciones captadas.

Fue la industria del cine la que ejerció más influencia en los videos de ejecuciones, de ahí viene eso de si el contrario luce débil mi imagen se robustece

El hecho de que estos videos presenten tantos elementos comunes, sumado a su gran circulación en la red, hace que la autora sugiera que ya podría hablarse de un estereotipo —¿o género?— al momento de referirnos a ellos:

Los videos de asesinatos se han convertido ahora en productos eficaces, cargados de referencias míticas de una cultura del odio y generadores de inducciones al asesinato. Son imágenes que integran un decorado y un telón de fondo cuidadosamente concebidos y que mandan mensajes dirigidos a un auditorio bien identificado. Los vídeos más recientes traducen claramente esta [[asimilación de las reglas del arte]], obedecen a una especie de guión estereotipado, casi invariable, en que las víctimas leen antes de morir una declaración, a menudo en un dúo siniestro con sus asesinos. (Marzano, 2010, p. 35-36).

Gracias al análisis de René Girard (2005) en *La violencia y lo sagrado*, la autora compara dichos videos con los ritos de sacrificio y concluye que, lejos de generar una sublimación de la violencia contenida en las masas —como antes hacían los rituales de inmolación de animales—, estos registros celebran la inversión simétrica de la *sustitución del hombre por el animal*. En vez de ser un cordero el que muere y permite a los espectadores sublimar su propia violencia, se sacrifica una vida humana y el sacrificio no sirve de nada. No hace menos agresivos a quienes ven las acciones registradas sino, al contrario, genera en ellos aún más tensión, sed de venganza y violencia.

La atrocidad de la indiferencia

Más allá de que un análisis de los videos anteriores sea pertinente debido a elementos como la deshumanización impuesta a las víctimas, la crueldad de quienes cometen y graban los

crímenes —pues, a diferencia de los chicos de la secundaria, los terroristas, al registrar sus atrocidades, demuestran gusto por las ejecuciones y su contemplación— y la gran cantidad de personas a lo largo del mundo que gastan su tiempo en mirar esas grabaciones, es importante reflexionar sobre el grado en que la indiferencia frente al dolor ajeno está presente.

Como había comentado, el relato de *El Chespi* para nada es tan despreciable como los videos de los grupos extremistas; sin embargo, es innegable que, al igual que quienes producen tales registros, el maestro utilizó el dolor ajeno con tal de obtener su objetivo. Ni lastimó físicamente a alguien ni contempló gustoso el sufrimiento de alguna persona; sin embargo, con tal de salir del paso en su clase, humilló a *Malvavisco* al referirse de manera sardónica a algo tan íntimo para él como su grasa intramuscular.

El hecho de no considerar si nuestros actos harán daño a alguien es lo más preocupante. Y es que aquel maestro no se distinguía por ser mala persona pues, cuando su ayuda fue requerida, acudió de manera desinteresada. No es necesario recurrir a los terroristas para encontrar ejemplos de gente que aplica eso de *el fin justifica los medios* en su vida cotidiana.

Si en vez de satanizar al maestro, volteamos hacia nosotros mismos y nos preguntamos en qué momento, al igual que él, hicimos cosas como relatar burlonamente el sufrimiento de alguien tan sólo por ejemplificar una idea o comprar un periódico sensacionalista para enterarnos cómo el cadáver de la portada acabó con los sesos de fuera, tal vez descubriremos que no somos tan diferentes a ese maestro ni a las personas que observan los videos de ejecuciones a lo largo del mundo.



BIBLIOGRAFÍA

De Ercilla, Alonso (1998). *La Araucana*. México: Porrúa.

Girard, René (2005). *La violencia y lo sagrado*. Editorial Anagrama. ISBN 978-84-339-0070-8.

Marzano, Michela (2010). *La muerte como espectáculo*. Estudio sobre la realidad-horror. México: Tusquets.

Sontag, Susan (2007). *Ante el dolor de los demás*. México: Alfaguara.

Larousse (2008). *El pequeño Larousse Ilustrado*. México.



Salvador Tora Guerra Nakagosi

Licenciado en Letras Hispánicas por la Universidad Autónoma de Nuevo León. Es narrador, ensayista e investigador. Ha publicado cuentos, ensayos y artículos de investigación en diversas revistas de la localidad. Desde 2010 labora como catedrático en la Facultad de Artes Visuales de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Actualmente es catedrático de la Facultad de Artes Visuales de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Recibido: febrero 2014

Aceptado: abril 2014
